



LA POLÍTICA Y LA ESTÉTICA DE “LO POPULAR NO REPRESENTADO” – UNA APROXIMACIÓN AL LEVANTAMIENTO POPULAR EN CALI, DESDE LAS IDEAS DE JESÚS MARTÍN BARBERO

THE POLITICS AND AESTHETICS OF THE “NON-REPRESENTED POPULAR” – AN APPROACH TO THE POPULAR UPRISING IN CALI, THROUGH THE IDEAS OF JESÚS MARTÍN BARBERO

ALEJANDRO ULLOA SANMIGUEL

Universidad del Valle, Cali, Colombia
alejandro.ulloa@correounivalle.edu.co

Recibido: 22 de octubre de 2021

Aprobado: 14 de diciembre de 2021

ISSN en línea 2539-4355 / ISSN impreso 1900-9909

Este trabajo está bajo la licencia Creative Commons BY NC SA 4.0.

¿Cómo citar este artículo? / How to quote this article?

Ulloa, A. (2021). La política y la estética de “lo popular no representado” - una aproximación al levantamiento popular en Cali, desde las ideas de Jesús Martín Barbero. *Nexus*, (30), Artículo e20511838.
<https://doi.org/10.25100/n.v0i30.11838>

Resumen: En este artículo se retoman tres de las ideas relacionadas con la ciudad y la violencia, expuestas por Jesús Martín Barbero en diversas oportunidades. Tales ideas se enlazan con una de las tesis desarrolladas en su libro *De los medios a las mediaciones* (1987). A partir de esa relación, más las referencias a autores fundamentales en la discusión, como Henry Lefevre, y la observación participante de algunas movilizaciones, se propone una reflexión sobre el levantamiento popular en Cali y sobre la estética del antimonumento a la Resistencia, creado durante la coyuntura de mayo de 2021.

Palabras clave: Levantamiento Popular, Resistencia, Estética, Anarquista.

Abstract: In this article, three of the ideas exposed by Jesús Martín Barbero, related to the concepts of city and violence, are resumed. These ideas are linked to one of the thesis presented in his book *De los medios a las mediaciones* (1987). Through this relation, plus the references to key authors, such as Henry Lefevre, and the participant observation of some demonstrations, the author proposes a reflection on the popular uprising in Cali and the aesthetics of the anti-monument to Resistance, build during the outbreak of may 2021.

Keywords: Popular uprising, Resistance, Aesthetics, Anarchist.

Origen del artículo

Este texto fue presentado parcialmente por el autor en un homenaje académico realizado por la Escuela de Comunicación Social de la Universidad del Valle, el pasado 30 de junio, tras el fallecimiento del maestro Jesús Martín Barbero.

“No separar lo posible de lo real; apreciar lo real en función de lo posible, y recíprocamente” (Lefebvre, 2009, p. 13)

En sus escritos, al igual que en exposiciones orales, Jesús Martín Barbero aludía con frecuencia a los anarquistas españoles de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, como un movimiento popular que incluía en sus luchas no solo a los trabajadores formales organizados como la clase obrera, sino a otros grupos sociales, los informales, los marginados, esos que Marx y Engels llaman el lumpen proletariado. En el Manifiesto Comunista (1848) Marx y Engels los consideran como “una putrefacción pasiva de las capas más bajas de la vieja sociedad (...) en virtud de todas sus condiciones de vida está más bien dispuesto a venderse a la reacción para servir a sus maniobras...” (1971, p. 20).

Comunistas y anarquistas en la obra de JMB

Jesús Martín Barbero contrastaba las concepciones —y las prácticas— políticas de los anarquistas, con las de los comunistas, que tenían en la clase obrera la vanguardia ideológica y política para el cambio, pero subestimaban esas otras capas sociales que hacían parte del “pueblo”. Apoyándose en Guillermo Súnkel (1985) Martín Barbero adopta dos categorías para caracterizar las masas populares en América Latina: *Los no representados y los reprimidos*. Para describirlos, cita a Súnkel (1985, p. 41)

Hay una doble operación de negación... Lo popular no representado se constituye como el conjunto de actores, espacios y conflictos que son aceptados socialmente pero que no son interpelados por los partidos políticos de izquierda... Aparecen así actores como la mujer, el joven, los jubilados, los inválidos, en cuanto portadores de reivindicaciones específicas. Espacios como la casa, las relaciones familiares, el seguro social, el hospital... Y un segundo tipo de lo popular no representado, constituido por las tradiciones culturales, prácticas simbólicas de la religiosidad popular, formas de conocimiento salidas de la experiencia como la medicina, la cosmovisión mágica, o la sabiduría poética. Todo el campo de las prácticas festivas, la romería, las leyendas, y el mundo de las culturas indígenas (Martín Barbero, 1987, p. 28).

Aparte de esas dos vertientes de *los no representados*, la otra negación es *lo popular reprimido*, definido por Súnkel y citado por Jesús Martín Barbero: “Se constituye como el conjunto de actores, espacios y conflictos que han sido condenados a subsistir en los márgenes de lo social, sujetos de una condena ética y política” (Súnkel, 1985, p. 35) “Actores como las prostitutas, los homosexuales, los alcohólicos, los drogadictos, los delincuentes, etc. Espacios como los reformatorios, los prostíbulos, las cárceles, los lugares de espectáculos nocturnos” (Martín Barbero, 1987, p. 28).

El amasijo humano y el estallido social de los no representados

El estudio del acontecimiento revolucionario, considerado como fenómeno total, se ha proseguido simultáneamente en dos direcciones: la restitución en su plenitud del acontecimiento y de su relato, con características singulares, originales, y al mismo tiempo el análisis de sus elementos y de sus condiciones. La búsqueda de la comprensión no se separa de la búsqueda sobre la explicación, es decir la búsqueda de las causas, razones y condiciones. Hemos desvelado una multiplicidad de condiciones, de causas y de razones, cada una siendo necesaria, ninguna siendo suficiente. (Lefebvre, 2009, p. 15).

Además de retomar algunas de las tesis de Martín Barbero, apoyadas a su vez en otros investigadores, aludimos aquí a los planteamientos de Henry Lefebvre y su análisis de La Comuna de París, definida por él como un “acontecimiento” con sus especificidades históricas. Apelamos a varios de sus argumentos para caracterizar el levantamiento popular en Cali como un acontecimiento diferente, sobre el que se sugieren algunas hipótesis en este artículo, sin pretender definirlo del todo, ni agotar una discusión que requiere investigaciones interdisciplinarias para conocerlo mejor. Por otro lado, la reflexión propuesta se apoya adicionalmente en la observación participante de algunas movilizaciones como la del primero de mayo y otras marchas pacíficas, las visitas a dos de los puntos de resistencia, la toma de varias fotografías y el diálogo con algunos protagonistas del acontecimiento.

Al analizar “La Comuna de París”, Lefebvre afirma:

Está claro que el acontecimiento no se explica ni por otro acontecimiento, ni por una sola causa o antecedente. La búsqueda de una consecución lineal, de un encadenamiento causal más o menos mecánico, puede satisfacer a cierto espíritu científico de orientación positivista. Ella no rinde cuenta del acontecimiento. Somos llevados a distinguir las causas y las razones. Las causas son objetivas y ciegas; obran fuera de la conciencia clara de los actores históricos. Las razones son del orden de la conciencia, de la subjetividad, del discurso, de la ideología... (2009, p. 1).

El párrafo citado nos induce a considerar las diferencias entre las causas —objetivas, independientes de la conciencia de los actores— y las razones —motivaciones, expectativas, intereses, deseos, emociones y sentimientos— del llamado “estallido social”, que aquí preferimos llamar levantamiento popular. Sin embargo, en este artículo se enfatizará en los actores, antes que en las causas y las razones, que pueden ser objeto de otros análisis más complejos donde se examinen las causas estructurales (la desigualdad social, por ejemplo) y las causas coyunturales (la pandemia y la reforma tributaria, por ejemplo), que lo determinaron. Es decir, habría que explorar la convergencia

de diferentes series causales para comprender un fenómeno que no tiene antecedentes similares en Cali, dada la intensidad de los hechos, la cantidad de víctimas que produjo y los impactos —económicos, sociales y simbólicos— que generó.

Lo primero a discutir es el nombre de “estallido social”, una denominación surgida del mismo acontecimiento, que podemos considerar provisional, mientras los investigadores acuerdan o adoptan una noción más acorde con lo sucedido, pues no se trató de una revuelta de todas las clases sociales contra el establecimiento, pero sí de un levantamiento de múltiples sectores populares que incluyó a los obreros, empleados y trabajadores de distintas esferas, pero que sobre todo incorporó e integró *lo popular no representado y lo popular reprimido*, de la Colombia del siglo XXI (Figura 1).

Es en esa amalgama de diversos colectivos donde puede encontrarse a los principales protagonistas del levantamiento popular en Cali, y en el país, aunque no son los únicos actores. También se incluyen universitarios, estudiantes de diferentes estratos sociales, jóvenes que ni estudian ni trabajan, junto a sus familias, amigos, o sus pares; organizaciones de la minga indígena,



Figura 1. Panorámica aérea de Puerto Resistencia.

Nota: Imagen captada en la autopista Simón Bolívar con calle 27, al sur oriente de Cali, durante la inauguración del monumento. Junio 13 de 2021

consejos comunitarios, afrodescendientes, agrupaciones definidas por identidades de género, artistas de distintas procedencias y oficios, las barras bravas de fútbol, las pandillas de los barrios, los agentes del microtráfico, los adictos, los milicianos urbanos de las guerrillas colombianas, exmilitares, expresidarios, inmigrantes venezolanos devenidos en parias, desplazados del campo y de los pueblos colombianos, desempleados, trabajadores informales, de la construcción y otras labores, junto a los que viven del rebusque diario, y los que sobreviven combinando actividades legales con actividades derivadas de las economías ilícitas. Convergen en ese estallido/levantamiento, diferentes formas de transgresión social, convertidas ya en un modo de vida, es decir en una cultura, con sus valores, sus prácticas y sus justificaciones. Pero también, se expresan formas de organización popular con largas trayectorias de lucha y resistencia como los indígenas —no solo en Colombia— las comunidades negras y el movimiento estudiantil universitario. Se trata, en conjunto, de una muestra representativa del pueblo colombiano de hoy, en el que políticos y académicos deberían pensar seriamente cuando se refieran a él, para no considerarlo de manera idealizada, populista, ni demagógica, como suelen hacerlo. Un pueblo que en Cali vive del rebusque y el empleo informal (por encima del 50%), en una ciudad-región donde el narcotráfico, con una innegable importancia histórica, sigue pesando en la economía local, al lado de otras rentas ilícitas como el tráfico de armas, la minería ilegal, la trata de personas, el contrabando, el microtráfico, la extorsión y otras prácticas heredadas de las guerrillas, el paramilitarismo, y de la corrupción política e institucional, pública y privada. Estos factores, decisivos en la economía y el empleo cotidiano, se articulan con la ubicación geográfica de la ciudad más importante del suroccidente colombiano, incluido el corredor del Pacífico, que abarca una vasta zona del país donde operan las disidencias, los carteles mexicanos y otros actores armados, que se disputan el dominio del territorio para la producción y el tráfico de drogas. Todas esas circunstancias deben tenerse en cuenta a la hora del balance y la evaluación del acontecimiento.

De ahí que, en esa sublevación que fue el levantamiento se expresaron diferentes reivindicaciones en medio del ruido de tantas confluencias: unas remiten al campo, otras a las ciudades, y unas más a las relaciones entre campo y ciudad, que tienen en la defensa del territorio y del medio ambiente dos puntos en común.

Hubo entre los actores distintas formas de sociabilidad: intergeneracional, interclasista, interétnica, unidas contra la violenta represión desatada por el gobierno nacional para desactivar los bloqueos, las marchas y las barricadas, expresiones de la acción colectiva y la movilización popular, además del paro organizado para rechazar —no solo— la reforma tributaria (*Figura 2*).



Figura 2. Segunda panorámica aérea de Puerto Resistencia.

Nota: Imagen en el contexto de los barrios del sector, durante la inauguración del monumento. Al fondo a la derecha, el Distrito de Aguablanca. Fuente: Internet.

Hubo una diversidad social, pero también una gran diversidad cultural transgresora, en ese amasijo humano tan heterogéneo, difícil de atrapar en los esquemas convencionales de la opinión común, en las percepciones reduccionistas de los medios y en las clasificaciones sociológicas.

Un amasijo donde se mezclan trabajadores y empleados formales, con diferentes manifestaciones de la ilegalidad, entreveradas con los manifestantes que protestan dentro del orden —los pacifistas— y también los radicales. (No incluyo todos los agentes de la ilegalidad como los corruptos en el poder, que siguen disfrutando de sus privilegios y dando órdenes, con licencia para matar). La pregunta es si se trata de individuos aislados, o de colectivos que se juntan solo en el acontecimiento del levantamiento popular, o si se forman en él, y se congregan indiscriminadamente. El estallido de ese amasijo resulta extraño, enmarañado y poco comprensible, tanto para los medios de comunicación como para las instituciones, y para los analistas de las ciencias sociales. Ese pueblo es el que ha salido a gritar ‘nosotros’ también existimos, también tenemos derechos, y nosotros también podemos. Es el mensaje latente de su ruidosa estampida en calles y ciudades del país. El tiempo dirá si está emergiendo un nuevo sujeto político. Un sujeto que, dada la heterogeneidad social y la diversidad cultural, dista mucho de ser homogéneo. Un sujeto que dijo no ser representado por el comité de paro, ni por los

partidos políticos, ni por las organizaciones de izquierda y mucho menos por el gobierno de turno; un sujeto que reivindica su autonomía y que en el transcurso de los acontecimientos se ha empoderado, a pesar de los muertos y el dolor producidos por los desenlaces fatales de varios episodios. Un sujeto cuyo discurso gestado en el barrio y en la calle, fuentes de otras sociabilidades, expresa una ruptura generacional, desde la oralidad con que está hecho con su léxico, su entonación y su fonética, características de un dialecto social urbano y marginal visible sobre todo en los jóvenes de la primera línea, que no fueron tampoco el único sujeto; un sujeto, en principio cerrado sobre sí mismo, pero luego abierto a escuchar y dejarse permear por la sabiduría y las voces de la minga indígena. Y finalmente, un sujeto que tiene en sus manos —y en su mente— la habilidad para usar las nuevas tecnologías y las redes sociales, puestas al servicio de su causa, para manifestar su indignación, su capacidad organizativa y sus reivindicaciones mediante los saberes desplegados en el acontecimiento espontáneo y en la acción política consciente. Pero ese sujeto emergió en el barrio popular y se hizo visible en él, no porque el barrio sea la causa de los conflictos y las violencias que lo circundan. El barrio es la sede, pero no la causa. Es un lugar intermediario entre las estructuras socioeconómicas y culturales que determinan las formas de vida individual y colectiva de los ciudadanos. No obstante, tiene una imagen ambigua, pues por un lado se ha idealizado desde una visión romántica como un lugar de armonías, luchas y resistencias sin tensiones internas. Por otro lado, ha sido representado como el lugar de la delincuencia, los vicios y otras calamidades derivadas de la transgresión social. Así mismo, puede considerarse el barrio como una abstracción para referirse a un espacio geográfico, físico, pero también social, simbólico y discursivo, donde coexisten una olla a presión y una cazuela. La olla a presión es aquella donde se cocinan resentimientos, frustraciones, odios, venganzas, desafectos, y la violencia sufrida y ejercida, junto al dolor y la infelicidad que explotan en cualquier momento. La cazuela es el lugar donde se sazonan lealtades, amores, deseos de superación, solidaridades y esperanzas; expectativas y anhelos, o ilusiones por una vida mejor. Esa cazuela y esa olla a presión coexisten en Cali, —y por extensión en Colombia— una junto a la otra, como en cualquier cocina de cualquier hogar. Ambas tuvieron su punto de ebullición durante el acontecimiento.

El levantamiento popular: ¿espontáneo o planificado?

La espontaneidad en el fenómeno total nos aparece a la vez como condición, como causa, como razón. Ella es condición, porque nada se produce sin ella, ni movimiento ni obra. Ella es causa, porque es ciega. Ella es razón, porque es también toma de conciencia, recepción de una ideología y de un programa. Supone ella misma la ciudad, el pueblo, y la superación de lo que divide al pueblo, lo dispersa, lo separa de sí mismo, lo corta en segmentos exteriores los unos a los otros. El análisis arriesga siempre relegar a la sombra un carácter esencial del acontecimiento: el hecho de que continúa una totalidad indivisible, original, singular, bien que no surja de una manera irracional, bien que pueda compararse a otros acontecimientos y que en fin tenga un alcance y significaciones generales (Lefebvre, 2009, p. 17).

Dos interpretaciones antagónicas surgieron sobre el levantamiento, en distintos escenarios: de un lado, la versión oficial, que veía en los hechos un plan orquestado por el narcoterrorismo tomándose a Cali con propósitos deliberados, aunque no claros, al menos para la opinión pública. De otro lado, una interpretación espontánea que reducía el acontecimiento al espontaneísmo de las masas, carentes de control, y que por eso mismo las condujo a reacciones violentas. Conviene entonces preguntar, aunque no se pueda responder plenamente todavía: ¿Qué fue lo planificado y qué fue lo espontáneo en el levantamiento popular? ¿Es posible separar esos dos modos de acción que en la práctica terminaron anudándose de muchas maneras y en diversos momentos? ¿Planificadas y espontáneas por quién y para quién? A nuestro juicio, ambas dinámicas se entrelazaron en el acontecimiento, teniendo en cuenta que había dos movimientos paralelos: el paro nacional con sus marchas, convocado por las centrales obreras; y el levantamiento popular que se produjo a la sombra del paro, y simultáneamente con él, aunque negado por los que decían no sentirse representados, y sin que los organizadores del primero pudieran responder por el segundo. Planificado fue el paro, con sus manifestaciones pacíficas incluidas las prácticas artísticas que florecieron en las calles. Espontáneas —aunque previsibles— fueron las confrontaciones con el ESMAD. Los medios y las redes sociales mostraron que había acciones de provocación planificadas por las autoridades para sabotear el paro, deslegitimarlo y mostrarlo como un hecho subversivo agenciado por los violentos. Planificadas fueron también algunas ocupaciones del territorio y de ciertas vías de la ciudad, con cambuches levantados rápidamente, gracias a la experticia y habilidad de jóvenes adultos, muchos de los cuales una vez instalados, o mientras se instalaban, animaban sus acciones con el consumo de estupefacientes. En un acontecimiento donde hay infiltraciones de distintos bandos, manipulación de la información e intereses políticos no siempre claros ante la opinión pública, es muy difícil determinarlo todo como sería lo deseable para una ciudad y un país que necesita la verdad. Esa “planeación

estratégica”, de ambos lados, que parece haberse dado más allá de lo evidente, hace parte de las condiciones que condujeron a los resultados trágicos que la mayoría de la sociedad lamenta. Y dio pie a que las autoridades insistieran en que lo sucedido fue una toma de la ciudad por el narcoterrorismo, con lo cual le atribuyeron las causas del acontecimiento a los actores armados. Y ello, con varios objetivos: legitimar la represión y los abusos de las autoridades; deslegitimar el paro pacíficamente organizado de cara al país, dentro de la constitución y la ley; desacreditar a sus organizadores y las causas que lo motivaron, así como subestimaban la movilización ciudadana que respaldaba el paro; establecer la versión oficial —amplificada por los grandes medios— como la única explicación del acontecimiento; y deslegitimar otros discursos y relatos alternos que mostraban las contradicciones y las complejidades del levantamiento. En síntesis, fijar desde el poder la narrativa oficial, como la verdadera. Pero las otras narrativas, respaldadas por los hechos y sus interpretaciones, también deben existir.

Violencia... ¿O Violencias?

Por otro lado, en este levantamiento popular se produjo un amasijo de todas las violencias acumuladas y de tantos conflictos no resueltos en Colombia. En él se juntan casi todas las formas de transgresión de la normatividad jurídica e institucional, empezando por el ESMAD con sus prácticas, sus armas mortíferas y los usos letales de las armas no letales. Transgresión que de algún modo es producto de la estructura social y de la violencia institucional, pero a su vez generadora de otras violencias, tan agresivas como aquellas que se naturalizan como no violencia. Sin embargo, todas ellas son distintas de la violencia reprimida en muchos ciudadanos, una violencia reprimida contra la injusticia y la corrupción, contra los abusos del poder y contra la impunidad. Esta es una violencia hecha de rabias y de miedos, de incertidumbres y rencores, y por qué no, de secretos anhelos de venganza. O al menos, de pequeñas venganzas. Es una violencia diferente que no solo es producto de “la ciudad inhabitable” —como decía Jesús Martín— sino del neoliberalismo depredador que se apoderó de la sociedad colombiana.

Es una violencia amorfa, porque es la violencia contenida del que no es guerrillero, ni paramilitar, ni delincuente, ni pandillero, ni narcotraficante, ni contrabandista, ni político corrupto. Es la del ciudadano que paga impuestos esperando que no se los roben; del ciudadano que respeta a los demás y espera reciprocidad; del ciudadano que cree en la convivencia pacífica y pone de su parte para lograrlo, pero se siente frustrado porque las condiciones objetivas lo impiden; del que lucha por una buena educación y desea oportunidades para todos; del que tiene conciencia ambiental y comparte con muchos más, la esperanza de un mundo mejor (*Figura 3*).



Figura 3. Monumento a la Resistencia.

Nota: Fotos de Pedro Daza y el autor. Junio 30 2021.

Esa violencia, íntima, es diferente. Conocemos ya la violencia de todos los actores armados, de los delincuentes callejeros, de los narcos y de los políticos que mandan a desaparecer las huellas de sus crímenes, pero esta violencia es muy otra, es amorfa, fantasmal. Esa violencia no se exterioriza físicamente como agresión destructiva contra la vida o contra los bienes materiales, pero se acumula como la lava y el fuego en lo más profundo de los volcanes del alma. Esa lava enardecida está en la ciudad al lado de las otras violencias que sí se exteriorizan, y está junto a los miedos y las incertidumbres colectivas, también acumuladas, como la violencia de la autodenominada “gente de bien”, que salió dispuesta a la confrontación en las calles en posición de “autodefensa”, apelando a las armas como forma de “resolver” las contradicciones por medio de la fuerza y la eliminación del otro.

Las Solidaridades

Pero la coyuntura del estallido y el levantamiento nos ha mostrado otra cara del proceso: los afectos y las solidaridades, que en este contexto constituyen otra dimensión de lo político. Contrario a lo que afirmaba Jesús Martín Barbero en una entrevista con Óscar Campo (1996) sobre la falta de solidaridad, la solidaridad se ha hecho presente de múltiples maneras durante el conflicto. Entre *los no representados* y *los reprimidos*, pero también por otros actores. Hemos visto al buen samaritano acompañando a los guerreros, (médicos, paramédicos, enfermeras, estudiantes de medicina, madres y padres de familia, auxiliares, asistentes, mujeres jóvenes y adultas) no solo en las primeras líneas, sino detrás de ellas, porque hay unas líneas invisibles de solidaridad que se ejerce desde la distancia y el anonimato por parte

de quienes sin participar en las marchas por miedo al COVID, o por otros miedos igualmente justificables, acompañan emocionalmente las protestas y las barricadas, aportan medicamentos, víveres u otros bienes, para ayudar a desconocidos a los que nunca han visto, y que probablemente nunca verán, pero con los que se sienten identificados en la confrontación y la lucha. Las ironías de la vida: *los no representados* representando a quienes, desde la comodidad —y la legalidad— de su lugar social, podrían tener otras formas de representación (Figura 4).



Figura 4. *Monumento a la resistencia.*

Nota: Se aprecian los retratos y los nombres de los jóvenes muertos durante la confrontación en distintas ciudades del país. Fuente: Fotos de Pedro Daza y el autor. Junio 30 2021.

En medio de ese amasijo de violencias hay lugar para la solidaridad y el trabajo colectivo, no solo en la barricada y la movilización, sino en el arte, como se simboliza en el *Monumento / “Antimonumento” a la resistencia* erigido durante el paro, en tiempo récord de 19 días, entre mayo y junio de este año. Un “antimonumento” conectado con los murales, los grafitis y los colores de la vida, dentro y fuera del CAI —el cuartel de la policía— incendiado por los manifestantes de la primera línea en Puerto Resistencia, antiguo “Puerto rellena”. Al igual que otros espacios de la ciudad, este se ha convertido en un lugar referente de la lucha y la memoria, junto a la Loma de la Cruz, que se convirtió en la “Loma de la Dignidad”; el puente de los mil días, en el “Puente de las mil luchas”; el Paso del Comercio, en el “Paso del aguante”; el Nuevo Latir en “Nuevo resistir”. Estos nombres son una manera de resignificar cada lugar, y con ellos se inaugura un nuevo imaginario relacionado con el espacio urbano

y la ciudad de Cali, considerada ahora como “*Capital de la resistencia*”. El brazo erguido con la mano sosteniendo la frase *RESISTE* en forma de cruz, que es el “antimonumento”, representa todos “los puntos”. A la vez impugna —con su racionalidad y desde las emociones y la indignación— la racionalidad del poder. Ese brazo y el conjunto de piezas que lo acompañan, pueden ser vistos siguiendo la reflexión propuesta por Jesús Martín Barbero para aproximarse a la concepción estética de los anarquistas que él recordaba con frecuencia y que analizó a partir de cuatro criterios: (1987, pp. 24-25)

1. Ligar el arte a la vida cotidiana, contrario a la separación que la sociedad burguesa estableció entre el arte y la vida.
2. La creación artística vinculada a la acción directa, es decir, a la movilización, la protesta y la barricada, como lo expresan diferentes manifestaciones estéticas expuestas por quienes han salido a las calles durante el paro, o en los puntos de resistencia organizados en los barrios (*Figura 5, 6 y 7*).



Figura 5. *CAI intervenido.*

Nota: Una de las paredes exteriores del antiguo CAI intervenida por los manifestantes con los nombres de los caídos. Fuente: Fotos de Pedro Daza y el autor.



Figura 6. Diseños sobre las paredes del CAI
 Nota: Paredes exteriores del CAI intervenidas con diseños y colores en los que se resalta el papel de la mujer y de las comunidades indígenas. Fuente: Fotos de Pedro Daza y el autor, Junio 30 2021.



Figura 7. Diseños sobre las paredes del CAI.

Nota: Paredes exteriores del CAI intervenidas con diseños y colores en los que se resalta el papel de la mujer y de las comunidades indígenas. Fotos de Pedro Daza y el autor, Junio 30 2021.

3. La relación entre la creación artística y la acción directa se produce en el tiempo del acontecimiento a la vez que canaliza la energía colectiva de los manifestantes. Expresa la voz —y la acción— comunitaria y no la genialidad de un artista individual, aislado. Esa voz colectiva es la de un ‘nosotros’, integrado en el trabajo colaborativo, como lo son igualmente la barricada y la movilización.



Figura 8. Mural en Puerto Resistencia.

Nota: Uno de los murales aledaños al monumento. Fuente: Fotos de Pedro Daza y el autor. Junio 30 2021.



Figura 9. Intervención aledaña al monumento.

Nota: Un lugar junto al monumento donde se muestran los implementos usados en la barricada: escudos, cascos y las piedras lanzadas durante las protestas. Fuente: Fotos de Pedro Daza y el autor. Junio 30 2021.



Figura 10. Intervención aledaña al monumento.

Nota: Un lugar junto al monumento donde se muestran los implementos usados en la barricada: escudos, cascos y las piedras lanzadas durante las protestas. Fuente: Fotos de Pedro Daza y el autor. Junio 30 2021.

4. De acuerdo con Livak (1981, p. 321), citado por Martín Barbero (1987, p. 25), en la estética anarquista "...el concepto de belleza en la obra de arte es reemplazado por el deseo de significar". Se trataría entonces de una estética que no responde al culto a lo bello, sino "al deseo de significar" es decir, al deseo de darle sentido a la experiencia del conflicto. En este caso, deseo de significar —creo— en un doble sentido: el de 'hacerse' sentir a través del arte, vinculado directamente con la acción y la vida cotidiana; y el de comunicar el significado de esa experiencia, de esa lucha. Pero comunicándolo no de cualquier manera, o al margen de la "belleza", sino poetizando deliberadamente la acción y la resistencia, apelando a las bellas formas. Mediante los colores, los diseños, los grafitis, los murales, y el "antimonumento" en el que se despliegan figuras de distinta naturaleza, la vida florece y reverdece en contraste con el gris mudo y sin aliento del cemento y el asfalto. En ellos se condensan el proceso, la participación y la experiencia colectiva. Desde los signos que remiten al campo y la producción agrícola, con sus íconos —la papa y la mazorca de maíz— hasta la olla comunitaria, las manos de los niños dibujadas en un costado y las piedras —reales— con que se enfrentó a la policía, pasando por la presencia de las comunidades negras e indígenas, junto a los retratos y los nombres de los que murieron en la confrontación, en diferentes ciudades. Mujeres y hombres jóvenes heridos o asesinados con balas y proyectiles oficiales amparados por la legalidad del Estado y su "legítimo monopolio de la fuerza". En ese "antimonumento" están plasmados también los representantes de la misión médica, los bomberos del barrio, la sabiduría ancestral de las abuelas, el pensamiento Ubuntu de los afros, las capuchas, los desaparecidos, los discapacitados, los referentes de otras jornadas del levantamiento popular en el país, (como el paro cívico de 1977) los escudos dibujados y los reales, entre ellos el escudo perforado por un tiro de fusil.

Hay allí representado de algún modo, un proyecto alternativo de sociedad, un proyecto democrático, porque involucra *lo popular no representado* en sus dos vertientes y *lo popular reprimido*, no como agentes externos sino como sujetos creativos en la medida en que son ellos mismos protagonistas del levantamiento y creadores del monumento. Puede observarse que todos los elementos se entrelazan en el "antimonumento" por una enredadera sinuosa, que lo recorre de abajo hacia arriba, —nótese la direccionalidad— a manera de hilo conductor que guía la percepción del espectador. Un hilo que entreteje los signos y los íconos mientras configura la simbología de *las resistencias*: contra el racismo y la discriminación; contra el clasismo y el patriarcalismo; y contra otras matrices del etnocentrismo colonial. El monumento / "antimonumento" condensa, mediante metáforas y metonimias, la multiplicidad de significaciones, la pluralidad de memorias y la diversidad de esperanzas, cifradas en su contenido manifiesto (*Figura 11, 12 y 13*). Puede verse en el proceso de su creación, una analogía con la elaboración onírica

del sueño —en términos de Freud— en el que se superponen imágenes aparentemente inconexas, pero en el que todas tienen un sentido, forjado por su relación con las demás. Un sentido sobredeterminado por el contenido latente, al que remite cada imagen y sus relaciones. Es decir, sobredeterminado por el contexto y la historia de las distintas formas de opresión que ha sufrido el pueblo colombiano; y la historia de otras formas de confrontar la dominación y los abusos del poder. Condensación y desplazamiento de significaciones, son los dos ejes que articulan la estética del antimonumento y el conjunto de piezas aledañas. Como en un sueño donde se ensamblan de manera profusa las luchas, las rabias, los anhelos, las violencias, las protestas —pacíficas y de las otras—. Y por supuesto, las esperanzas, las resistencias múltiples, las abiertas y las silenciosas, aquellas que corresponden a las barricadas interiores, las que llevamos como trincheras espirituales y nos ayudan a sobrevivir, para no sucumbir ante los abismos de la infamia.



Figuras 11. Construcción de biblioteca comunitaria.

Nota: Paredes interiores del CAI donde se está formando una biblioteca. Fuente: Fotos de Pedro Daza y el autor. Junio 30 2021.



Figura 12. Construcción de biblioteca comunitaria.

Nota: Paredes interiores del CAI donde se está formando una biblioteca. Fuente: Fotos de Pedro Daza y el autor. Junio 30 2021.



Figura 13. Mural en Puerto Resistencia.

Nota: Otro de los murales cercanos al monumento. Fotos de Pedro Daza y el autor. Junio 30 2021.

Referencias

-
- Campo, O. (director). (1996). *Jesús Martín Barbero: Una mirada sobre la ciudad en América Latina*. Escuela de Comunicación Social, Universidad del Valle.
- Lefebvre, H. (2009). *La Comuna de París*. SOV Baix Llobregat.
- Martín Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Editorial Gustavo Gili, Barcelona.
- Marx, C. & Engels, F. (1971). *Manifiesto del Partido Comunista*. Editorial Publicitaria, Bogotá.

diario

Hay tanto que no conocemos,
hay tanto que está más allá.

Y, sin embargo, lo intuimos.

¿Cómo comunicarnos con todo eso que nos rodea y que no vemos?

Escuchar... escuchar...
el corazón sabe.

A través de las matemáticas, del arte,
dibujamos, de la nada, esas figuras,
esos motivos,
esos modelos.

Y luego, contemplamos.

¿Ese mundo, imaginado, es el mismo mundo que nos rodea?

¡No podemos dejarnos vencer por el miedo!
Hay que escuchar, escuchar con todo el cuerpo...

Debemos confiar...
el corazón sabe.

Porque solo

Alla abajo,
los vagabundos recorren la ciudad.

Al contrario de lo que muchos creen
son sabios
no renuncian
como otros
a las calles que son de todos.

Recorren este laberinto infinito que es Sao Paulo

Desde acá arriba tenemos la vista
las vistas

Los poderosos construyen sus torres
para dominar con la mirada

Los vagabundos recorren las calles.

¿Quiénes viven más allá?
A lo lejos, en los bordes...

¿Quiénes trabajan para que podamos estar aquí?
¿Quiénes nos cuidan?

Subir subir subir
como suben los precios
como suben las acciones

No puedo olvidar esa escena de la película
El Lobo de Wall Street:

"No dejes que se enteren
de lo que sucede en la realidad:
Las acciones deben subir y subir"

Las torres, las torres

La escalera al cielo

Los ascensores?

Una vida de ascensos.

No puedes caer.
Mira al frente

Ni debes perder el equilibrio
Mira arriba, mira abajo...

Los astros, arriba, te guían

Sus posiciones constantes
son la clave del misterio.

La armonía de las esferas
está allí para el que sabe escuchar.

Ascender de la mano de las matemáticas:
los cálculos que intentan escribir la partitura.

Y mientras tanto,
hombres y mujeres habitan las calles
recogen los residuos
y los llevan de un lado a otro.

Sube y baja

Ver el mundo desde la ventana de un avión.

Los ríos recorren el acre,
bajan de la montaña al mar.

el agua
el agua

Las nubes tienen todas las formas
y las moldea el aire.

el viento, el viento...

El viento me comunica con Dios,
que me habla a través del molinillo en la ventana.

Ya es de mañana,
salió el sol de nuevo,
escucho los pájaros como si fuera la primera vez.

Escucha bien.
Y, mientras tanto, recuerda.

Los vagabundos van por las calles,
recorren el laberinto,
ese purgatorio,
esta ciudad.

¿Hay más allá?

Archivo digitalizado: Olga Martín y Alejandro Martín

Dos poemas sin título escritos por Alejandro Martín Maldonado en 2019,
comentados e intervenidos por su papá, Jesús Martín Barbero.



Archivo digitalizado: Olga Martín y Alejandro Martín

Jesús, Alejandro y Olga, durante el entierro de Elvira. Guatavita, 2019.